

Un Estado para un nuevo país

Teodoro Petkoff

***E**l movimiento político MAS de Venezuela, integrado por un destacado grupo de líderes de izquierda y antiguos marxistas, que ahora se ha acercado pragmáticamente a un modelo democrático de Estado más chico y economía de mercado, ha emprendido el útil e indispensable ejercicio de definir el proyecto de sociedad en que querrían vivir los venezolanos. Este proyecto de nuevo país se describe con fuertes pinceladas por Petkoff, en una conversación entre amigos con Alberto Lovera, José María Cadenas, Josefina Jordán, Liliane Blazer, Eduardo Pozo, Jorge Recio y Jesús Alberto León. "Si nosotros queremos mirar hacia adelante tenemos que luchar también contra los fantasmas de nuestro propio pasado" —dice Petkoff. La redacción es de Alidha Avila, de "El Ojo del Huracán".*

— * —

Estado y mercado

ESTA PRIMERA ETAPA DE LA AGENDA VENEZUELA, más que poner la casa en orden, significa apagar el incendio que nos estaba devorando. Estamos tratando de hacerle frente a una difícilísima emergencia económica y social, cuyos rasgos más prominentes son la alta inflación y la caída de la actividad económica, cuestiones ambas que han conducido a una

expansión horrible de la pobreza en sus peores formas. La idea es lograr algunos resultados prácticos en el corto plazo, es decir, la reducción de la inflación que, a mi modo de ver, es lo más significativo que hoy puede hacerse por los pobres de Venezuela y, al mismo tiempo, crear las condiciones para que el país recupere de nuevo la capacidad de

II TRIMESTRE 1997

crecer económicamente y de generar empleo formal.

Luego vendrá la etapa de poner orden en la casa, en el sentido de hacerle frente a las tremendas injusticias que caracterizan la sociedad venezolana, sobre todo en el plano social. Injusticias que se han acentuado hasta hacerse abismales en el curso de los últimos quince años. Hay una encuesta hecha para la Fundación Polar, cuyos resultados dan cuenta de esa realidad: el 10% más rico de la población capta el 46% del ingreso del país, mientras que el 10% más pobre recibe apenas 1.7%. Esta disparidad espantosa es la madre de todas las inestabilidades, de todas las posibles desestabilizaciones y, desde luego, continúa configurando el desafío existencial que como nación tenemos.

Ahora bien, a ese desafío no se le puede dar la cara con la simplista idea de que el mercado lo resuelve todo. Nada en la experiencia histórica abona esa perspectiva. Si bien es verdad que como gente de izquierda hemos avanzado mucho desde los lejanos tiempos del comunismo y que somos capaces de comprender que desde un punto de vista estrictamente económico no hay burocracia que pueda sustituir al mercado en la atribución de los recursos de una sociedad, también es verdad que hoy más que nunca estamos convencidos de que una sociedad librada a las solas leyes de mercado

se convierte en una selva, donde el proceso social resulta absolutamente intolerable. Por eso creo que ese reduccionismo económico que lleva a pensar que elementos de la vida social como la educación, la salud o la diversión puedan estar regidos por las puras leyes del mercado, resulta sencillamente aberrante. Lo que necesitamos, entonces, es compatibilizar Estado y mercado, de modo que el primero pueda limar las aristas más cortantes de la acción del segundo. Yo particularmente sigo pensando que la fórmula clásica de la socialdemocracia europea, "tanto mercado como sea posible, tanto Estado como sea necesario", conserva absolutamente su vigencia. Es más, la experiencia reciente de la oleada neoliberal en el mundo y especialmente en Latinoamérica, lo que hace es reforzar esta visión de las cosas, al punto que, recientemente, el propio señor Camdessus concluía en que los programas de ajuste en el continente se habían ido demasiado a la derecha y que parecía aconsejable una cierta torsión del asunto para establecer algunas de las viejas ideas en materia de participación del Estado en la vida social. De manera que yo particularmente pienso que el péndulo histórico en su retorno se detendrá en alguna parte a mitad de camino entre los dos extremos: el neoliberal y el estatista. Porque si nosotros queremos mirar hacia adelante tenemos que luchar también contra los fantasmas de

nuestro propio pasado, es decir, contra ese legado de miseria,

corrupción e ineficiencia que nos ha dejado el populismo estatista latinoamericano.

El Estado posible y necesario

A MI MODO DE VER, EL ESTADO TIENE UN ROL ESENCIAL que jugar en un proyecto de sociedad más justa y más libre. Para ello debemos reinventarlo. Porque no se trata de tener un Estado mínimo y prescindente que sólo se ocupe de la policía, el ejército y la justicia; no, aspiramos a un Estado musculoso que pueda cumplir con los objetivos esenciales que le son propios.

En primer lugar y para referirnos sólo al plano de la vida social, debe ser un Estado que garantice la vida y la seguridad personal de sus ciudadanos, por lo que debe contar con un sistema de administración de justicia y de prevención y represión del delito medianamente eficiente. Así mismo, debe ser capaz de asegurar la educación pública, la salud pública y, en general, todos los otros servicios indispensables para la vida humana, por cuanto no hay nada que en definitiva iguale más a los ciudadanos de un país que el tener servicios públicos eficientes. Ello supone también disponer de mecanismos que garanticen los derechos de los usuarios frente a los servicios públicos de carácter privado, como telecomunicaciones, electricidad, transporte, etcétera,

para evitarnos vergüenza como la que sufrimos con los aviones de Avensa y Servivensa, que tuvo que ser una agencia norteamericana la que nos dijera que esos aparatos eran una chatarra que ponían en peligro la vida de los usuarios. Pues bien, requerimos un Estado de esa musculatura: capaz de imprimir racionalidad en todos los órdenes de la vida. Basta observar éste que tenemos hoy para darnos cuenta de cuán disfuncional se nos ha vuelto frente a este tipo de desafíos que son los que definen la vida civilizada de una sociedad.

En cuanto al plano económico, tenemos que avanzar hacia el crecimiento sostenido que permita la formulación de políticas consistentes de empleo y de incremento del ingreso real. Contamos para ello con instrumentos como la industria petrolera que, en mi opinión, debe mantenerse bajo control del Estado, toda vez que ella es la palanca fundamental de la economía y de la fiscalidad venezolana, pero entendiendo su aprovechamiento desde una perspectiva un tanto distinta a la meramente rentista. El punto es cómo podemos industrializar la industria: aprovecharla aguas abajo,

aprovechar las enormes posibilidades que abre la petroquímica. Pero también la industria que se apoya en el petróleo no sólo para producir energía, sino para los mil usos que éste permite. Además, este país no es sólo petróleo. Venezuela tiene posibilidades muy grandes desde el punto de vista minero, forestal, turístico, siderometalúrgico, para mencionar sólo algunas áreas de la economía donde una política inteligente puede producir resultados muy fecundos. El Estado debe ser capaz, entonces de definir estrategias que determinen lo que nos interesa desarrollar, dónde se debe poner el énfasis, qué sectores deben ser los motores del proceso económico, cuáles los que lo dinamicen e impulsen, cuáles deben ser protegidos especialmente con políticas de Estado, etcétera. Por supuesto, todo esto combinado con estrategias de articulación con economías de otros países, es decir, políticas hacia la incorporación a bloques regionales o subregionales que amplíen las fronteras económicas del país. De modo pues, que es función del Estado trazar el camino que asegure un desarrollo sustentable y no desequilibrado de la economía, a fin de evitarnos estos períodos de ajuste y las terribles consecuencias que ellos implican y sirva de soporte a un conjunto de desarrollos multifacéticos de la sociedad.

Si alguna vez a Lenin se le ocurrió definir el comunismo como

soviets+electricidad, hoy podríamos decir que cierto porvenir de justicia y libertad es resultado del crecimiento económico y desarrollo democrático+servicios públicos eficientes. Una formulita como ésta, quizás aparentemente muy simplificadora, implica muchas cosas. Para empezar, redefiniciones importantes en la vida de la sociedad que tiene que ver con su cultura, con la capacidad para aproximarnos a una vida social donde las maravillas tecnológicas estén al servicio de la gente y no al revés. Ello significa, por ejemplo, rescatar la televisión para algo humanamente útil. Y me refiero explícitamente a ella porque creo que no hay nada comparable a las posibilidades que ofrece para la ampliación de las fronteras culturales y educativas de un país, para concitar la adhesión de los ciudadanos hacia un nuevo proyecto de vida.

También implica una nueva institucionalidad política que sirva a este tremendo propósito de democratización de la vida social. Porque una economía como la que en líneas generales tratamos de definir y una sociedad que pueda superar los obstáculos que tenemos en materia de educación, salud y, en general, de servicios públicos, requiere una institucionalidad política que asegure que el ciudadano formado en estas nuevas condiciones pueda efectivamente ejercer su ciudadanía, es decir, participar responsablemente en los procesos políticos de conducción

de una sociedad, lo que implica reformas muy profundas en la institucionalidad democrática.

Este cambio que el país exige no puede imaginarse sobre la base de un Estado que lo resuelve todo, sin importar las consecuencias económicas. Ya la experiencia nos ha mostrado bien claramente que la macroeconomía no es un invento diabólico de los neoliberales, sino un hecho de la vida. O se respetan algunos de sus requerimientos o la sociedad paga precios terribles en términos de inflación, crisis económica, desempleo, descomposición social.

Ahora bien, esto hay que entenderlo como un proceso prolongado, donde el Estado debe tener la capacidad de hacerse y rehacerse continuamente. No es algo que empieza y termina en un momento determinado. Es un proceso, un devenir. Por ello debemos darnos por bien servidos si este gobierno, débil políticamente, enfrentado a poderosos intereses engarzados en el aparato oficial, logra, durante los dos años y medio que le restan, iniciar y mantener la reorganización y redimensionamiento del Estado, avanzando en la medida de sus posibilidades y poco a poco, pero con la inteligencia política suficiente para que quede incorporado como un proyecto nacional, capaz de trascender los avatares de la política contingente. De lo contrario, si dentro de dos años y medio el país pasa a ser dirigido por un sector que no

entienda la importancia de continuarlo, desde luego Venezuela no tiene ningún porvenir.

También hay que hacer un enorme esfuerzo de opinión pública, de debate nacional, para darle consistencia al piso sobre el cual avancen las ideas reformistas, porque, insisto, los intereses atrincherados en el Estado —partidistas, sindicales, gremiales, económicos y hasta personales— son tan poderosos que pueden convertirse en un obstáculo insalvable. Si no hay una combinación de voluntad de gobierno y opinión pública que le dé respaldo, que impulse y estimule los cambios, no creo que podamos llegar muy lejos.

Por otra parte, esta tarea transformadora debe también enfrentar esa visión superficial que reduce el proceso al despido de un equis porcentaje de empleados públicos. No tiene ningún sentido concebirlo así. Y hay que decir que muchos han sido confundidos con esa visión distorsionada, alimentada por medios irresponsables que difunden cifras sin ninguna base y que han aterrorizado al mundo de los trabajadores del Estado.

Como yo lo entiendo, se trata de un proceso no tecnocrático, cuyo fin es la reorganización de la anatomía del Estado y de su fisiología también; esto quiere decir, reducir organismos inútiles creados por años de clientelismo, redefinir la misión de otros; lograr que los ministerios no se tengan como un fin en sí mismos, sino

como antes al servicio de sus funciones; en suma, poner sobre sus pies lo que hoy está de cabeza. Es lógico suponer que una reorganización de esta naturaleza implica una determinada reducción del personal. Eso es evidente. No es posible reorganizar un Estado tan grande como el nuestro sin reducir su personal, pero debemos evitar la visión tecnocrática que cree que todo queda reducido a botar gentes. La visión política del asunto es la que nosotros estamos tratando de llevar adelante incorporando a los propios trabajadores en los procesos de discusión reorganizativa. Me costó mucho convencer a los técnicos que trabajan en estos asuntos, de que sin la colaboración de los trabajadores el proceso en Venezuela se hace inviable. Y creo que tuve razón: ellos le han dado un soplo de vida real a las discusiones, permitiendo poner sobre el tapete los problemas concretos de las negociaciones que este proceso implica. Hay en mesa ya un abanico de opciones que parecen auspiciar resultados positivos.

Ahora bien, pensando en términos más globales, ¿cuál es el país que queremos?

Esa pregunta podría responder en términos retóricos: queremos un país justo desde el punto de vista

social, y libre desde el punto de vista político. Esta definición general posiblemente sirve para tratar de construir un modelo ideal, pero la experiencia histórica nos ha mostrado cuán vano resulta trazar políticas en función de una especie de ciudad de Dios que nos está esperando al final del camino. Eso a lo único que ha conducido es a Pol Pot o a cosas parecidas. Yo creo que hay un horizonte humano de justicia y libertad y un proceso que cuenta mucho de construcción continua de una sociedad hacia esos objetivos. Yo creo en la certeza de aquella frase que una vez dijo el ya olvidado líder socialdemócrata Edouard Berstein: lo que importa es que no dejemos de movernos hacia una sociedad cada vez más justa y más libre, donde las oportunidades estén cada vez más disponibles para todos de manera más o menos equitativa y donde cada ciudadano pueda ser un participante libre de los procesos de conducción de su vida y de la sociedad. Esto significa una sociedad continuamente reformándose a sí misma, buscando y experimentando nuevas formas de gestión de la economía, cada vez más democrática, cada vez menos autoritaria. Es un proceso civilizatorio que no existe como ruta corta, es más bien un sendero lleno de sorpresas.

La globalización y la izquierda

CREO QUE NOSOTROS COMO PAÍS NOS ENCONTRAMOS un poco

en la situación en que se hallaron los movimientos obreros de hace

dos siglos, cuando llenos de perplejidad ante la aparición de las máquinas, decidieron destruirlas porque pensaban que eran las causantes de su miseria. Buen tiempo tardaron en descubrir que detrás de las máquinas había relaciones sociales. Entonces rectificaron el tiro y desarrollaron los grandes movimientos obreros del siglo pasado y de este siglo.

Nuestro problema hoy es cómo insertamos, en tanto nación, en este mundo global —que en verdad es la globalización del capitalismo— sin que nos masacren. Yo creo que lo primero es aceptar que existe. Así como los obreros tuvieron que aceptar que las máquinas habían llegado para quedarse, nosotros debemos enterder que este mundo de hoy llegó para quedarse quién sabe por cuánto tiempo. De manera que debemos encontrar la manera de insertarnos en esta megatendencia —como la llaman hoy— sin que signifique nuestra liquidación como país, como economía, como cultura.

Esto implica, hablando en el plano puramente económico, que hay que tener mucha creatividad en el diseño de las nuevas políticas. Aceptar, por ejemplo, desde la perspectiva de una izquierda democrática —que es lo que nosotros somos—, que el pensamiento keynesiano al cual estuvimos asociados durante tantos años, que subyacía en el *New Deal* de Roosevelt y que produjo milagros económicos en la postguerra europea, hoy casi no

tiene espacio. Quiero decir que hoy hay realidades que no existían y uno tiene que tomar nota de ellas, no para rendirse sino para saber que las reglas de juego hoy son otras. Me explico: esas políticas keynesianas suponían la utilización del déficit como mecanismo de financiamiento del crecimiento económico, lo cual facilitaba la acción del Estado como gran agente económico intervencionista. Esas políticas en un mundo tecnológicamente globalizado son imposibles. La mundialización penaliza brutalmente a cualquier país que pretenda llevar adelante políticas de esa naturaleza. Basta que un inversionista sentado frente a su computador, pida información sobre México y le aparezca cifras que revelen que allí están saliendo más dólares de los que entran, o que va rumbo a una crisis en la balanza de pagos, para que apriete otro botón y, en segundos, saque los millones de dólares que por alguna razón tenía invertidos en ese país. En una semana pueden salir de un país —como sucedió en México precisamente— veintiocho mil millones de dólares. Por supuesto, el país se desfondó. Y ésa es una realidad de hoy. Nada ganamos escondiendo la cabeza como el avestruz y pensar que la globalización de la economía y la tecnología no existe. ¡Por supuesto que existe! Y nuestro reto reside en ver de qué manera vamos a participar de esos procesos.

El análisis no debe centrarse sólo en el aspecto económico, hay

que abarcar también otras esferas. Este final del siglo está caracterizado por un desarrollo explosivo de las comunicaciones. ¿Cómo hacer entonces con esta televisión local que tenemos que es absolutamente marginal? ¿Prohibir policialmente el acceso a la televisión mundial?

Eso sería exabrupto. Pero lo que sí podemos hacer es dignificar nuestra televisión para darle al ciudadano venezolano una alternativa nacional de materia comunicacional. Esos son los desafíos del mundo de hoy. Ese mundo que cambió en todos los órdenes y que nos obliga a pensar los problemas con cabeza nueva.

Por eso pienso que la integración de América Latina debe ser concebida como un instrumento que vaya más allá de lo meramente económico. Somos países que tenemos una comunidad de origen histórico, de lengua, de cultura, por tanto llamados a conformar aglomeraciones que tengan una voz común dentro de ese mundo global que, no lo olvidemos, está compartimentado en bloques: el europeo, el asiático, el norteamericano. Los países pequeños se van haciendo cada vez más inviables, por lo tanto hay que redefinir el concepto de soberanía. ¿Qué es lo que significa soberanía hoy en honor a la verdad? Hoy hay supragobiernos y frente a ellos son necesarias nuevas concepciones para definir nuestro destino.

Ahora bien, la pregunta de cómo insertar la idea de una

sociedad más justa en este mundo globalizado movido por intereses absolutamente mercantilistas, me parece que es la que mete en una cápsula el drama de la izquierda. Es evidente que nos quedamos sin proyecto y que las respuestas no son fáciles. Una de las direcciones en las que yo creo que hay que trabajar es la de eludir la trampa de que sólo se es de izquierda si se tiene un proyecto económico socialista —entre comillas—. Yo creo que hoy podemos aceptar un cierto modelo, mas o menos viable, de una economía mixta entre estado y mercado y que es, en otras esferas, donde la condición cultural de izquierda —ese sentimiento de justicia y progreso— tiene que expresarse. Es la única manera de salir del atolladero.

Hay una cantidad de esferas de la vida social donde la diferencia entre una concepción clásicamente de derecha y una clásicamente de izquierda puede marcarse muy nítidamente. Me refiero a cuestiones como la democratización de las instituciones políticas, las luchas por la superación del sexismo, contra la discriminación en todas sus formas y en todos los órdenes, por la democratización de la cultura, por una forma de gestión de la vida social, por el reforzamiento de los poderes locales, por el desarrollo de un mundo sustentable desde el punto de vista ambiental... en fin. A partir de allí es que podemos generar políticas de izquierda

viables, atractivas, que no sean copias pálidas de las tendencias dominantes en la cultura mundial.

Porque aquellas esperanzas que creímos ver renacer hace veinticinco años cuando fundamos el MAS, diría que están provisionalmente en el *freezer*. Pero la historia —como decía el

viejo Hegel— tiene astucias. La vida —como dice Rubén Blades— nos da sorpresas. Ya veremos. Además, para citar a un viejo conocido también, el viejo Marx: La humanidad no se propone enigmas insolubles, la humanidad sólo se propone problemas que puede resolver

Un socialista apagando el incendio capitalista

¿Cómo me siento apagando un incendio que no provoqué? Seguramente como se sintió Lenin —*mutatis mutandi*, por supuesto— cuando lanzó la NEP. En su caso, ellos crearon el incendio y ellos lo apagaron. El incendio sobrevino con la *comunización* total, con el comunismo de guerra y la estatización de todo. Para luego descubrir, cuatro años después, que había que restablecer el capitalismo y lanzaron la Nueva Política Económica, que fue lisa y llanamente eso: restablecer el capitalismo en el campo, en la pequeña y mediana industria y en el pequeño y mediano comercio. Investigaciones posteriores revelan que Lenin no estaba pensando en un paso atrás táctico sino que su inmenso talento —que alguna vez la historia deberá recuperar— lo llevó a comprender que eran los menchevíques los que habían leído correctamente el libreto y no él. En definitiva, ¿qué hizo Lenin? Se adelantó veinte años a la socialdemocracia, ideando un

esquema económico mixto. En las circunstancias de emergencia económica que vivía su país se dio cuenta de que o se apoyaba en los resortes del mercado o sencillamente no había salida. Los campesinos no iban a aceptar jamás la estatización de sus propiedades e iban a seguir matando vacas y no entregando las cosechas; que si querían que las mercancías llegaran a los consumidores en las ciudades, pues había que restablecer el capitalismo en la distribución. Y, repito: no pensó esto como una medida transitoria, sino que pensó que ese era el camino. Después, todos conocemos la historia, vino Stalin en el año veintiocho y echó todo aquello atrás, al precio que ya se sabe tuvo que pagar la humanidad. Ese fue el intento de Gorbachov: retomar la historia donde la había dejado Lenin en el año veintiuno, pero, claro, se encontró con una sociedad tan esclerosada, tan

imposibilitada para ningún tipo de cambio, que sólo pudo asistir al desplome de sus sueños, que eran de hecho socialdemocratizar a la Unión Soviética.

De manera que si el trayecto hubiese continuado por el sendero que marcó Lenin, la historia de la humanidad posiblemente hubiera sido otra bien distinta a la que fue. Para empezar, la izquierda no hubiese tenido el *handicap* que significó el comunismo estalinista pesando sobre sus espaldas, con su carga de negatividad, de atemorizamiento de los pueblos. Habríamos tenido, por el contrario, un enorme efecto de demostración, no de una minúscula Suecia, sino de veintidós millones de kilómetros cuadrados caminando por un modelo de sociedad mucho más justa y más libre, con potencialidades infinitas.

De manera que a la pregunta de cómo se siente un socialista moviéndose en las circunstancias en que yo me estoy moviendo, repito, me siento seguramente como se sintió Lenin cuando tuvo que admitir que eran los mencheviques los que tenían la razón y que había que pararle bolas a las leyes del mercado. Así me siento.

En mi discurso no ceso de hablar del desafío existencia que tenemos por delante, no ceso de

citar las cifras espantosas de la desgracia social venezolana, no ceso de decir que no podemos condenarnos a una sociedad donde los ricos vivan en urbanizaciones artilladas, rodeados de una masa de hambrientos y desesperados. Mantengo permanentemente en mi discurso público el recuerdo de ese horrendo drama social y la necesidad de entender que ése es el desafío que tenemos apagando el incendio.

Por supuesto, lo estamos haciendo en un país donde la izquierda es anémica. Ninguno de nosotros pudo imaginarse lo que pasó ni la forma y profundidad cómo pasó.

Colocados frente a la comprensión de que el mundo en que vivimos sigue siendo tan injusto y tan horrendo como siempre lo fue, que la sociedad venezolana está profundamente desquiciada y desajustada, creemos que este esfuerzo por quitarle a los pobres el peso tremendo de la inflación, adquiere hoy características de proyecto de avanzada social importantísimo. Ojalá todo este esfuerzo pueda inscribirse en el relanzamiento de un proyecto viable de justicia y libertad. Entre tanto, no nos permitimos tregua en defender esos objetivos. ☺